

Eva Díaz Pérez

LIBROS DE OTOÑO

Aún guardaba aquellos libros...

No podía levantarse de la cama, postrado, agonizante, a punto de acabar sus días -¿cuántos le quedaban?-, movía las sábanas de moribundo y sólo olía a medicinas y a piel fermentada de viejo. Pero quería tocar por última vez aquellos libros. Era lo único que quería hacer. Si en ese momento le hubieran preguntado cuál era su última voluntad, no habría tenido ninguna duda.

Esos libros, que él había colocado en la estantería central de su dormitorio, eran el testamento de su padre. Estaban gastados, los lomos vencidos, las páginas amarillentas. Por ellos habían pasado los años, las lluvias, los vientos y hasta las guerras. Porque una vez estuvieron a punto de quemarse, cuando al terminar la guerra incendiaron parte de la biblioteca del pueblo intentando arrasar la memoria peligrosa. Su padre los salvó y los guardó durante toda su vida. Y al morir, se los dejó como legado. Él sabía que era lo más importante, el regalo máspreciado.

Por eso, cuando su nieto entró en su habitación de moribundo él señaló los libros y, con un gesto que le costó gran esfuerzo, indicó que se los acercara. Ya está. Ya lo había hecho, ahora sólo tenía que esperar. Podría acariciarlos, olerlos, quizás releerlos. O hacer que se los leyeran. Justo lo que hizo su nieto, que se sentó junto a él y al abrir la página de respeto vio un sello que ponía: “Biblioteca Ambulante. Misiones Pedagógicas. Octubre de 1932”.

Él recordaba vagamente a los jóvenes que llegaron aquel otoño al pueblo. Venían de la capital, tan bien vestidos, tan educados y sabiendo tanto. Junto a sus amigos, salió a recibirlos aplaudiendo y jaleando a aquellos muchachos que aparecieron en mulas, mojados por culpa de la tormenta que les había sorprendido antes de llegar a la aldea y que les había obligado a abandonar el camión y subir en las acémilas de un pastor que vivía en el monte y que se había compadecido de los incautos que atravesaban el campo en semejantes condiciones.

Lo que recordaba a la perfección fue la primera noche, cuando reunieron a todo el pueblo para proyectar sobre la pared blanca aquellas sombras, las luces fantasmagóricas que luego resultaron ser trenes, automóviles, paisajes, edificios y

personas que aparecían y desaparecían. Les contaron que aquellos era el cine y no daban crédito ante semejante espectáculo de magia. ¿Cómo podían salir aquellas criaturas de ese aparato tan pequeño que escupía luces?

Ocurrió también cuando salió música de otro aparato, como si un coro de personas estuviera escondido y aguardando para cantar aquella música maravillosa. O aquellos cuadros que colgaron en las paredes del Ayuntamiento y que representaban a personajes muy antiguos que parecían de carne y hueso. Él se había acercado para tocarlos, para ver si aquello era piel de verdad porque nunca había visto nada pintado. Qué impresión.

Y luego llegaron los libros. Decenas de volúmenes en los que se escondían historias igualmente fantásticas, relatos de viajes, crónicas trágicas y también divertidas. Recordaba a la perfección la voz suave de una de aquellas elegantes muchachas leyendo *Las aventuras de Tom Sawyer*. Nunca volvió a ser el mismo. Aquellos muchachos lo cambiaron, le abrieron las ventanas de un mundo fascinante. Cuando se marcharon del pueblo, dejaron los libros y él los leyó todos. Y cuando los terminó quiso buscar más, pero no los encontró. Luego, cuando llegó la guerra, quemaron los ejemplares y durante años, no hubo libros en su vida, sólo los que había salvado su padre del fuego y que guardó como el tesoro más sagrado. Los ocultó en un baúl del altillo y allí permanecieron durante años, con la prohibición de no descubrirlos ni leerlos, porque en ello iba la vida.

Pero algo seguía dentro de él. Con gran dolor dejó el pueblo, trabajó duro en la ciudad hasta que pudo comprar algunos libros que fue colocando en la habitación de su pensión. Un día regresó al pueblo. Su padre se moría. Con gran secreto le dijo que aquellos libros escondidos eran suyos.

Y ahora su nieto los estaba leyendo, los acariciaba con curiosidad, le preguntaba acerca de su historia. Él cerró los ojos y siguió relatando la lejana historia de aquellos jóvenes que un día llegaron en mulas al pueblo, cargados de sombras mágicas, voces del aire, cuadros de fantasmas antiguos y de libros. Oía su propia voz contando aquel cuento del pasado mientras su nieto le escuchaba. O eso creía, porque vagamente comenzó a darse cuenta de que ya no era un anciano moribundo que sólo recordaba, ahora volvía a ser uno de los niños que corría a recibir a los jóvenes de la capital, cargados de libros y de sueños. Como si todo comenzara a ocurrir de nuevo.